

del poço, fregò, y otro dia las llevó al rio, dando pabonada con estas, no solo este, mas todos los otros que faltavan, hasta venir el Estudiante, quitandolas solo para ir delante de su señora; porque no las viera. Alcabo deste tiempo, vino el estudiante a Toledo, fue recibido de D. Iuana; la qual despues de averle regalado, le bolvió sus fortijas, y le dixo lo que Don Fernando avia respondido. El Estudiante agradecido a todo, se partió otro dia, dexandole dicho, que èl miraria con atencion su negocio, y le avisaria que fin avia de tener. Mas apenas saliò el miserable vna legua de Toledo, quando los demonios que estavan en las fortijas, se le pusieron delàte, y derribandole de la mula, le maltrataron; dandole muchos golpes, tan, que poco le faltava para rendir la vida. Dezianle, en medio de la fuga: vellaco, traydor, que nos entregaste a vna muger, que nos puso en poder de su criada, que no ha dexado rio, ni plaça, donde no nos ha traído, sacando agua, fregando con nosotros: de todo esto eres tu el que tienes la culpa, y assi seràs el que lo has de pagar. Que respuesta piensas darle? Piensas que se ha de casar con ella? No por cierto, porque juntos como estàn acà, estàn ardiendo en los infiernos, y de essa suerte acabarán, sin que ni tu, ni ella cumplais vuestro deseo. Y diziendo esso, le dexaron ya por muerto, hasta otro dia por la mañana, que ynos panaderos q̄

venian a Toledo, le hallarõ ya casi espirando, y movidos de compasion, le pusieron en vna mula, y le traxeron a la Ciudad, y pusieron en la plaça, para ver si le conocia alguna persona, porque el pobre no estava para dezir quien era, ni dõde lo avian de llevar. Acertò en este tiempo a ir la criada de Doña Iuana a comprar de comer, y al punto le conociò, con cuyas nuevas, fue luego a su señora, que en oyendolo, tomò su manto, y se fue a la plaça, y como le conociò, le mandò llevar a su casa, para hazerle algunos remedios. Hizolo assi, y acostandole en su cama, y llamando los Medicos, le hizieron tal cura, que mediante ella, fue Dios servido que bolviessè en si. El qual en el tiempo q̄ durò su mal, contò a D. Iuana la causa del, y la respuesta, que los demonios le avian dado de su negocio. Causò en la dama tal temor el dezirle que estava en el infierno, como en el mūdo, que bastò para ir la desapasionando de su amor, y desapasionada mirò su peligro, y assi procurò remediarle, tomando otro camino diferente del que hasta alli avia llevado. Sanò el Estudiante de su enfermedad, y antes de partirse a su tierra, le pidió a D. Iuan, que pues su saber era tanto, que le ayudasse a su remedio. A lo qual el moço agradecido, le prometìo hazer quanto en su mano fuesse. Es pues el caso, que al tiempo que D. Fernando, se enamorò della, la servia, y galanteava vn Cavallero Ginovès

hijo de vn hombre muy rico , que asistió en la Corte, q̄ con sus tratos, y correspondencias en toda Italia, avia alcanzado con grandes riquezas el titulo de Cavallero , para sus hijos. Era segundo , y su padre tenia otro mayor, y dos hijas, la vna casada en Toledo, y la otra Mōja. Pues este mancebo, cuyo nombre era Octavio , que por gozar de la vista de D. Iuana , lo mas del tiempo asistia en la Ciudad cō sus hermanos, y su padre lo tenia por bien, respeto, del gusto que ellas tenían con su vista ; como a los principios por no aver entrado D. Fernando en la pretension se avia visto mas favorecido ; y despues que D. Iuana cautivò su voluntad, le empegasse a dār de mano, y Octavio supiesse que èl era la causa de no mirarle bien su dama , determinò de quitarle de por medio ; y assi vna noche que Don Fernando con otros amigos estava en la calle de D. Iuana ; saliò a ellos con otros que le ayudaron, y tuvieron vnas crueles cuchilladas ; de las quales salieron de la vna, y otra parte algunos heridos. Octavio desafiò a D. Fernando, el qual ya en este tiempo gozava a D. Iuana con palabra de esposo : pues como la dama supo el desafio , temerosa de perder a D. Fernando , escrivio vn papel a Octavio, diziendole : que el mayor extremo de amor q̄ podia hazer con ella, era guardar la vida de su esposo mas que la suya misma ; porque hiziesse quenta que la suya no se sustentava, sino con ella ; y otras ra-

zones tan discretas , y sentidas, de que el enamorado Octavio recibì tanta pafsion, q̄ le costò muchos dias de enfermedad. Y para guardar mas enteramente el gusto, y orden de D. Iuana , despues de responder a su papel mil ternezas, y lastimas , le diò tambien palabra de guardarle, como veria por la obra, y esta misma tarde vestido de camino, dixo a Doña Iuana viendola en vn balcon, casi con lagrimas en los ojos: Ingrata mia , basilisco hermoso de mi vida , a Dios para siempre. Y dexando con esto a Toledo, se fue a Genova, donde estuvo algunos dias, y de alli se passò a servir al Rey, en el Reyno de Napoles. Pues como D. Iuana , dando credito a lo que el Estudiante le dezia, y pareciendole, que si Octavio bolviera a España, seria el que le estaria mas a proposito , para ser su marido , y assi dandole cuenta al Estudiante detto, le pidió, obligandole cō las dadivas, a que le hiziesse venir con sus conjuros , y enredos. El Estudiante , escarmentado de la passada burla, le respodiò, que èl no avia de hazer en esso mas de dezirle lo que avia de azer, para q̄ conseguiesse su desseo , y que dentro de vn mes bolveria a Toledo , y que conforme le sucediesse , le pagaria. Diòle con esto vn papel, y ordenòle, q̄ todas las noches se encerrasse en su aposento, y hiziesse lo que dezia, con esto se bolviò a Alcalà, dexando a la dama instruida en lo que avia de hazer, la qual por no perder tiempo , desde esta mis-

ma noche empeçò a exercer su obra. Tres serian passadas, quando (ò que las palabras del papel tuviesse la fuerça, que el Estudiante avia dicho, ò que Dios, que es lo mas cierto, quiso con esta ocasion ganar para si a Doña Iuana) estando haziendo su conjuro, con la mayor fuerça que sus descos la obligavan, sintiendo ruido en la puerta, puso los ojos en la parte donde sonò el rumor, y viò entrar por ella cargado de cadenas, y cercado de llamas de fuego a Octavio, el qual le dixo con espantosa voz. Que me quieres, Doña Iuana? No basta aver sido mi tormento en vida, sino en mi muerte? Canfate ya de la mala vida en q̄ estàs, teme a Dios, y la quenta que has de dár de tus pecados, y desraimientos, y dexame a mi, que estoy en las mayores penas que puede pensar vna miserable alma que guarda en tan grandes dolores; la misericordia de Dios, porque quiero que sepas que dentro de vn año que sali de esta Ciudad, fue mi muerte saliendo de vna casa de juego, y quiso Dios que no fuesse eterna. Y no pienses que he venido a dezirte esto por la fuerça de tus conjuros, sino por particular providencia, y voluntad de Dios, que me mandò que viniessse a avisarte, que sino miras por ti, ay de tu alma. Diciendo esto, bolviò a sus gemidos, y queexas, arrastrando sus cadenas, y se saliò de la sala, dexando a Doña Iuana llena de temor, y congoxas, no de aver visto a

Octavio, sino de verle oido tales razones, teniendolas por avisos del Cielo, pareciendole que no estava lexos su muerte, pues tales cosas le sucedian. Considerando pues esto, y dando voces a sus criadas, se dexò caer en el suelo, vencida de vn cruel desmayo: entraron a los gritos, no solo las criadas, mas las vezinas, y aplicandole algunos remedios tornò en si, para de nuevo bolver a su desmayo, porque apenas se le quitava vno, quando le bolvia otro, y desta fuerte, ya sin juicio, ya con el, passò la noche sin atreverse las que estavan con ella a dexarla. Vino en estas confusiones el dia, sin q̄ Doña Iuana tuviesse mas alivio, aunque a pura fuerça la avian desnudado, y metido en la cama, y como era de dia, vino Don Fernando tan admirado de su mal, quanto lastimado del; sentandose sobre su cama, le preguntò la causa del, y assi mismo que era lo que sentia? A lo qual la hermosa Doña Iuana (siendo mares de llantos sus ojos) le còtò quanto le avia sucedido, assi con el Estudiante, como con Octavio, sin que le faltasse vn punto en nada, dando fin a su platica con estas razones: Yo señor D. Fernando, no tengo mas de vn alma, y esta perdida, no sè que me queda mas que perder: los avisos del Cielo ya passan de vno, no serà razon aguardar a quando no aya remedio, yo conozco de vuestras tibiezas, no solo que no os casareis con migo, mas que la palabra que me distes, no fue mas

de por traerme a vuestra voluntad; dos años, ha que me entreteneis con ella sin que aya mas novedad mañana, que oy, yo estoy determinada de acabar mi vida en Religión, que segun los prodigios que tengo, no durará mucho, y no penseis, que por estar de fraudada de ser vuestra muger escojo este estado, que os doy mi palabra, q aunque con gusto vuestro, y de vuestra madre, quisierades que lo fuera, no acertara tal, porque desde el punto que Octavio me dixo que mirasse por mi alma, propuse de ser esposa de Dios, y no vuestra, así lo he prometido; y lo que solo quiero de vos, es, que atento a las obligaciones que me teneis, supuesto que he querido que mi hacienda es tan corta; que no bastara a darme el dote, y lo demás q es necesario, me ayudeis con lo que faltare, y negociéis mi entrada en la Concepcion, que este sagrado elijo para librarme de los trabajos deste mundo. Callò D. Iuana, dexando a los oyentes admirados, y a Don Fernando tan contento, que dièr la misma vida en albricias (tal le tenian los embustes de Lucrecia) y abraçando a D. Iuana, y alabando su intento, y prometiendo hazer en esso mil finezas, se partiò a dár orden en su entrada en el Convento; la qual se concertò en mil ducados, q los diò D. Fernando con mucha liberalidad: con los demás gastos de axuar, y propinas; porque otros mil que hizo D. Iuana de su ha-

zienda los pusso en renta para sus niñerías, y pagando a sus criadas; y dandoles sus vestidos, y camisas que repartiò con ellas, junto con las demás cosas de la casa, antes de ocho dias se hallò con el habito de Religiosa la mas contenta que en su vida estuvo, pareciendole q avia hallado refugio a donde salvarse, y que escapado del infierno se hallava en el Cielo. Libre ya D. Fernando desta carga, acudiò a casa de Lucrecia con mas puntualidad, y ella viendole tan fuyo, y que ya estava libre de D. Iuana, no apretava tanto la fuerza de sus embustes, pareciendole que bastava lo hecho, para tenerle asido con su amistad, con lo qual D. Fernando tuvo lugar de acudir a las casas de juego, donde jugava, y gastava largo. Desta suerte se hallò en poco tiempo con muchos ducados de deuda, y pareciendole q con la muerte de su madre se remediaria todo, creyendo que segun su edad no duraria mucho. La qual sabiendo que ya estava Libre de Doña Iuana, cuyos successos no se le encubrian, tratò de casarle: creyendo que esto seria parte para fofegarle: con el parecer de Don Fernando, que como he dicho, no estava tan apretado de los hechizos de Lucrecia, viendo que ya no tenia a quien temer, puso la mira en vna dama de las hermosas q en aquella sazón se hallavan en Toledo, cuyas virtudes corrian parejas con su entendimiento, y belleza. Esta señora, cuyo nombre es D.

Clara, era hija de vn mercader, que con su trato calificava su riqueza, por llegar con èl, no solo a toda España, sino passar a Italia, y a las Indias. No tenia mas hijos que a Doña Clara, y para ella, segun dezian gran cantidad de dinero, si bien en esso avia mas engaño que verdad, porque el tal mercader se avia perdido, aunque para casar su hija conforme su merecimiento dissimulava su perdida. En esto señora, como digo, puso su madre de D. Fernando los ojos, y en ella los tenia afsimismo puestos vn hijo de vn Titulo, y no menos que el heredero, y mayorazgo, no con intento de casarse, sino perdido por su belleza, y ella le favorecia, que ni en Toledo alcançava fama de liviana, ni tampoco la tenia de cruel. Dexavasse passear, y dar musicas, estimar, y engrandecer su belleza, mas jamas diò lugar a otro atrevimiento, aunque el Marques (que por este titulo nos entenderemos) facilitará en mas su virtud que su riqueza. Puso en fin su madre de Don Fernando terceros nobles, y muy cuerdos para el casamiento de su hija, y fue tal su suerte, que no tuvo mucha dificultad en alcançarlo con su padre de la dama, y ella como no estimava al Marques en nada, por conocer su intento, diò luego el si, con que hechos los conciertos, y procediendo las necessarias diligencias, se desposò con Don Fernando, dandole luego el padre de presente seis mil du-

cados en dinero, porque lo demas dixo estàr empleado: y que pues no tenia mas hijos que a Doña Clara, cosa forçosa era ser todo para ella. Contentòse Don Fernando, por tapar con este dinero sus trampas, y trapaças, entrando en poder del lobo la cordera, que así lo podemos dezir. Dentro de vn mes casada Doña Clara, viò su padre que era imposible cumplir la promessa que le avia prometido a su hija, juntando lo mas que pudo despues de los seis mil ducados que diò, se ausentò de Toledo, y se fue a Sevilla, donde se embarcò para las Indias, dexando por esta causa metida a su hija en dos mil millares de disgustos, porque como Don Fernando se avia casado con ella por solo el interès, y los seis mil ducados se avian ido en galas, y cosas de su casa, y pagar las deudas en que sus vicios le avian puesto, a dos dias sin dinero, saliò a la plaça su poco amor, y se fue trocando el que avia mostrado, que era poco, en desabrimiento, y odio declarado, pagando la pobre señora el engaño de su padre; si bien la madre de Don Fernando, viendo su inocencia, y virtud bolvia por ella, y le servia de escudo. Supo Lucrecia el casamiento de Don Fernando a tiempo que no lo pudo estorvar, por estàr ya hecho, y por vengarse, vsando de sus endiabladas artes, diò con èl en la cama, atormentandole de manera, que siem-

pre le hazia estar en vn ay, sin que en mas de seis meses que le durò la enfermedad se pudiesse entender de donde le procedia, ni le sirviessen los continuos remedios que se hazian. Hasta que viendo esta Circe, que el tenerle afsi, mas servia de perderle, que de vengarse, dexò de atormentarle, con lo que Don Fernando empeçò a mejorar: mas mudando la traydora intento, encaminò sus cosas a que aborreciesse a su muger, y fua de fuerte, que estando ya bueno, tornò a su acostumbra vida, passandola lo mas del tiempo con Lucrecia. El Marques desesperado de ver a Doña Clara casada, tambien avia pagado con su salud su pena, y ya mejor de sus males, aunque no de su amor, tornò de nuevo a servir, y folicitar a Doña Clara, y ella a negarle de fuerte sus favores, que ni aun verla era possible, con cuyos desdenes se aumentava mas su fuego. En este tiempo murió su madre de Don Fernando, perdiendo en ella Doña Clara su escudo, y defensa, y Don Fernando el freno que tenia para tratarla tan asperamente, como de alli adelante hizo, porque se passavan los dias, y las noches sin ir a su casa, ni aun a verla, lo qual sentia mucho la pobre señora, con tanto estremo, que no avia consuelo para ella, y mas quando supo la causa que traia a su marido sin juicio. No ignorava el Marques lo que Doña Clara passava, mas era

tanta su virtud, y recogimiento, que jamás podia alcançar della, ni que recibiesse vn papel, ni vna joya, con ser su necesidad bien grande, porque las deudas de Don Fernando, los juegos, y el poco acudir a grangear su hazienda, la fue acabando de fuerte, que no avia quedado nada, tanto que ya se atrevia a sus joyas, y vestidos, sustentando dos niñas que en el discurso de quatro anos que avia que se avia casado tenia, y vna criada con el trabajo de sus manos, porque Don Fernando no acudia a nada: y con todo esto, no avia de acabar con ella, ni algunas amigas, ni su criada, que recibiesse algunos regalos que el Marques le embiava con ellas, antes a quanto a cerca desto le dezian, dava por respuesta, que la muger que recibia, cerca estava de pagar. Passado todo este tiempo, la justicia de oficio, como era publico el amancebamiento de Don Fernando, y Lucrecia, diò en buscarla, siguiendole a el los passos. No faltò quien diò desto aviso a Lucrecia, la qual no tuvo otro remedio, sino poner tierra en medio: tomò su hazienda, acompañada de su Don Fernando, que ya avia perdido de todo punto la memoria de su muger, y hijas, se fue a Sevilla, adonde vivian juntos, haziendo vida, como si fueran marido, y muger. Sintió Doña Clara este trabajo, como era razon, tanto, que fue milagro no perder la vida, sino la guardara Dios para mayores estremos de virtud, la qual sin saber de su

su marido estuvo mas de año, y medio, passando tantas necesidades que llegò a no tener criada, sino puesta en trage humilde, de mas de trabajar de dia, y de noche para sustentarse a si, y sus dos niñas a servirse su casa, y ir ella misma a llevar, y traer la labor a vna tienda. Sucedió en este tiempo, hallarse velando vna noche para acabar vn poco de labor, que se avia de llevar a la mañana, forçada del amor, del dolor, de la tristeza, y soledad, ò lo mas cierto, por no dexarse vencer del sueño, cantò asì.

Fugitivo paxarillo,
que por el ayre te vàs,
inconstante à mis finezas,
ingrato à mi voluntad.

Si estuvieras por la tuya
prendado, no ay que dudar,
que vna prision tan suave
pudiera canfar jamàs.

Nunca presumi ignorancias,
porque de saber amar,
fube conocer tu amor,
agradecido no mas.

Iamàs se engaña quien ama,
aunque se dexa engañar,
que amor tambien en su Corte,
razones de estado dà.

Que puede hazer el que adora,
aunque sepa que le dãn
disimulado el veneno,
fino beber, y callar?

Dexè engañar mis temores,
aunque conoci mi mal,
pero como tu fingias,
te cansaste de engañar.

Tan remontado te miro,

tan tibio, y tan desleal,
que aunque el reclamo te llama,
no le quieres escuchar.

Escucha, paxaro libre,
las ternezas con que està
llamandote en tono triste,
oye las voces que dà.

Paxarillo lisongero,
buelve, buelve, donde vàs
à la xaula de mi pecho,
tèn de mis penas piedad.

Quando me miras cautivo,
pretendes tu libertad,
paga prision con prision,
y asì perfecto seràs.

En lagrimas de mis ojos,
que son por tu causa, vn mar,
hallaràs tierna bebida,
sin que te pueda faltar.

Mi corazon por comida,
por carcel mi libertad,
y por lazos estos brazos,
que yà aguardando te estàn.

Huyes sin oír mis queexas,
plega à Dios que donde vàs,
como me tratas te traten,
sin que te quieran jamàs.

Que yo llorando mi engaño,
la vida pienso acabar,
sintiendo en tus siurazones,
mi muerte, y tu libertad.

Esto dixo à vn paxarillo,
que de su prision se vò;
vn pecho de amor heridò,
vna firmeza leal.

Y al fin de sus tristes queexas,
instrumento sin templar,
cantò à su paxaro libre,
que fugitivo se vò.

Paxaro libre, tu te perderàs,
q' el regalo que dexes, no lo hallaras.

Era la sala en que estava Doña Clara, baxa, y correspondia vna rexa a la calle, a la qual estava escuchando Don Sancho, que este es el nombre del Marques su amante, y como oyesse las queexas, y en vn coraçon que ama, es aumentar su pena oír la pena de otros, tan enternecido, como amante, porque le tocavan en el alma los pesares de D. Clara, llamò a la rexa, a cuyo ruido la dama, alterada, preguntò quien era? Yo soy hermosa Clara (dixo Don Sancho) yo soy, escuchame vna palabra. Quien quieres que sea? ò quien te parece que podia ser, sino el que adora tu hermosura? y estimando tus desdenes por regalados favores, anima con esperanças su vida. No sè de que las podeis tener, Señor Don Sancho, dixo D. Clara, ni quien os las dà, pues despues que me casè, no he dado lugar, ni a vuestros deseos, ni a quien los ha solicitado: para que vivan animados, y si os fiais en la cortesía con que antes de tener marido me dexè servir de vos, advertid que aquella fue galanteria de doncella, que sin ofensa de su honor pudo ya que no amar, dexarse amar. Yà tengo dueño, justo, ò injusto, el Cielo me lo diò, mientras no me lo quitare, le he de guardar la fee que prometí, supuesto esto, si me quereis, la mayor prueba que harè deste amor, serà que escuseis lo que la vezindad puede dezir de vn hombre poderoso, y galan como vos, passear las puertas de vna muger moça, y sin marido, y mas

no ignorando la Ciudad mi necesidad, pues creeràn que aveis comprado con ella mi honor. Esto quiero yo remediar, hermosa Clara, dixo Don Sancho, sin otro interés, mas de aver sido el remedio de vuestros trabajos. Servios de recibir mil escudos, y no me hagais otro favor, que yo os doy palabra como quien soy, de no cansaros mas. No ay deudas, Señor Don Sancho, respondió D. Clara, que mejor se paguen que las de la voluntad, efecto della es vuestra largueza, yo ni me tengo de fiar de mi misma, ni obligarme a lo que nunca he de poder pagar. Yo tengo marido, el mirará por mí, y por sus hijas, y sino lo hiziere, con morir, ni yo puedo hazer mas, ni él me puede pedir mayor fineza. Con esto cerrò la ventana, dexando a D. Sancho, mas amante, y mas perdido, sin que dexasse por esto de perseverar en su amor, ni ella en su virtud. Año y medio avia passado, desde que Don Fernando se ausentò de Toledo, sin que se supiesse donde estava, hasta que viniendo a Toledo vnos Cavalleros que avian ido a Sevilla a ciertos negocios, dixeron a D. Clara, como le avian visto en aquella Ciudad: nuevas de tanta estimación para D. Clara, que no ay ponderación que lo diga, y desde este punto se determinò a ir a ponerse delante, y ver si le podia obligar a que bolviessè a su casa. Y andando a buscar donde dexar sus niñas, mientras hazia este camino, Doña Juana, que ya professa, y con muy buena renta, la mas contenta del

mundo, no ignorando estos sucesos, dando gracias a Dios, porque no avia sido ella la desdichada, estava en su Convento haziendo vida de vna santa, supo la necesidad de Doña Clara, y como buscava donde dexar las niñas, que en aquel tiempo tenia la vna quatro años, y la otra cinco, la embió a llamar, y despues de dezirla quien era por fino no lo sabia, y las mercedes que el Cielo la avia hecho en traerla a tal estado, lo que le pesava de sus trabajos, y en lo que estimava la virtud, y prudencia con que los llevaba le dixo como estava informada que queria ir a Sevilla, y que buscava quien le tuviese sus hijas, que se las traxesse, que ella las recibiria por suyas, y como a tales en siendo de edad las daria el dote, para que fuesen Religiosas en su compañía, y que creyesse que esto no lo hazia por amor que tuviese a su Padre, sino por lastima que la tenian. Agradeciò D. Clara la merced que la hazia; y por no dilatar mas su camino el poco aparato de casa que le avia quedado, como era vna cama, y otras, cosillas, llevò con sus hijas a D. Juana, la qual tenia ya licencia del Arçobispo, para recibir las. Y al tiempo que abrió la porteria, para que entrassen, apretando entra los braços a D. Clara con los ojos llenos de lagrimas, le metiò en las manos vn bolsillo con quatrocientos reales en plata. Y despidiendose de ella, esta misma tarde se puso en camino en vn carro que iba a Sevi-

lla, dexando a D. Juana muy contenta con sus nuevas hijas. Llegò D. Clara a Sevilla; y como iba a ciegas, sin saber en que parte avia de hablar a Don Fernando, y siendo la Ciudad tan grande, y teniendo tanta gente, fue de suerte, que en tres meses que estuvo en ella, no pudo saber nuevas de tal hombre. En este tiempo se le acabò el dinero que llevaba, porque pagò en Toledo algunas deudas que tenia, y no le quedaron sino cien reales. Pues viendo se morir (como dicen de hambre) ya desahuciada de no hallar remedio, y que volver a Toledo, era lo mismo, determinò de quedarse en Sevilla, hasta ver si hallava a Don Fernando: y para esto procurò vna casa donde servir, y encomendandola a algunas personas, particularmente en la Iglesia, le dixo vna señora, que ella le daria vna, donde se hallaria muy bien, para acompañar a vna señora, ya mayor; si bien temia que por tener el marido moço, y ser ella de tan buena cara, no se avian de concertar. D. Clara, con vna verguença honesta, le dixo, que le dixesse la casa, que probaria suerte. Diòle la señora las señas, y vn recado para la tal señora que era su amiga: con las quales D. Clara se fue a la casa, que era junto a la Iglesia Mayor; y entrando en ella, la viò toda muy bien adereçada (señal clara de ser los dueños ricos) como hallasse la puerta abierta, se entrò sin llamar hasta la sala del estrado, donde en

vno muy rico , viò sentada a Lucrecia, la amiga de su marido , que luego la conociò , por averla visto vna vez en Toledo, y junto a ella, a Don Fernando , desnudo , por ser Verano, con vna guitarra , cantando este Romance, que por no impedirle, no quiso dár su recaudo, admirada de lo que avia, y mas de ver que no la avian conociò.

Ya por el balcon de Oriente el Alva muestra sus rizos, vertiendo la copia hermosa sobre los campos floridos.

Yà borda las bellas flores de aljofarado rozio, de cuya embidia las fuentes vierten sus cristales limpios.

Yà llama al querido hermano, que està alumbrando a los Indios, y en la carroza dorada siembra claveles , y lirios.

Yà retozan por las peñas los pequeños corderillos, à la musica divina que entonan los paxarillos.

Yà mirandose los Cielos en los bulliciosos rios, buelven los blancos cristales, en Turquesados zafiros.

Yà es el Invierno Verano, y Primavera el Estio, hermosos Cielos los valles, y los campos Paraìsos.

Porque su frescura pisan de Anardo los pies divinos, dulce prision de las almas, de la villa basilisco.

Siguiendo viene sus passos vn gallardo Pastorzillo,

que por ser Narciso en gala, ferà su nombre Narciso.

Por quien Venus olvidada yà de su Adonis querido, solo por verle baxara de sus estrados divinos.

Y por quien Salmacis bella, tomara por buen partido, en su amada compaña fer eterno hermafrodito.

Engañando los rezelos de vn sospechoso marido, salìo Anarda de su Aldea, à verle con su Narciso.

Llegando à vna clara fuente, que adornan sauzes, y mirtos, agradables se reciben, amandose agradecidos.

Enternecidos se sientan junto aquel arbol divino, triunfo del Señor de Delo, y de su Damne castigo.

Y sedientos de favores en este agradable sitio, beben de su aliento el nectar en conchas de coral fino.

Al campo cerrò las puertas el rapaz, de Venus hijo, que poner puertas al campo, solo pudiera Cupido.

Lo demàs que sucediò vieron los altos Alifos, haziendo sus hojas ojos, y sus cogollos oídos.

Como acabò de cantar Don Fernando , Lucrecia preguntò a Doña Clara, si buscava alguna cosa, a lo qual respondiò, que la señora Doña Lorença su amiga , le embiava, para que su merced viesse si va-

lia algo para el efecto que buscava de criada. A esto puso Don Fernando los ojos en ella, que ya Lucrecia la avia mandado sentar enfrente del, mas aunque hizo esta accion, no la conociò mas que si en su vida no la huviera visto, de lo qual Doña Clara estava admirada, y dava entre si gracias de aver por tal modo hallado lo que tan caro le costava el buscarlo, sintiendo en el alma verle tan desacordado, y fuera de si, conociendo como discreta, de la causa que procedia tal efecto, que eran los hechizos de aquella Circe que tenia delante. Preguntòle Lucrecia, agradada de su cara, y honestidad, que de donde era? De Toledo soy, respondiò Doña Clara. Pues quien os traxo a esta tierra, replicò Lucrecia? Señora (dixo Doña Clara) aunque soy de Toledo, no vivia en èl, sino en Madrid: vine con vnos señores que iban a las Indias, y al tiempo del embarcarse caì muy mala, y no pude menos de quedarme, con harto sentimiento suyo: en cuya enfermedad, que me ha durado tres meses, he gastado quanto tenia, y me dexaron, y viendome con tan poco remedio, preguntè oy a la señora Doña Lorença, que por suerte la vi en la Iglesia, si queria vna criada para acompañar, como en esta tierra se vsa, y su merced me encaminò aqui, y asì, si vuestra merced no ha recibido ya quien la sirva, crea de mi q̄ sabrè dár gusto, porque soy muger noble, y honesta, y me he visto en mi casa con al-

gun descanso. Agradose Lucrecia, con tanto estremo de Clara, viendo su honestidad, y cordura, que sin reparar la vna, ni la otra en el concierto, ni mas demandas, ni respuestas, se quedò en casa, contenta por vna parte, y por la otra como era razon que estuvièsse, quien via lo mismo que venia a buscar, tan fuera de si, que sin conocerla, hazia delante de sus ojos regalos, y favores a vna muger que no los merecia. Entregòle Lucrecia a su nueva criada las llaves de todo, dandole el cargo del regalo de su señor, y el gobierno de dos esclavas que tenia: solo vn aposento que estava en vn desvan, no le dexò ver, porque reservò solo a su persona la entrada en èl, guardando la llave, sin que ninguna persona entrasse con ella, quando iba a èl, con tanto cuydado, que aunque Clara procurava ver lo que avia en èl, no le fue posible; bien es verdad que siempre estava con sospecha de que era aquel aposento la oficina de los embustes, con que tenia a D. Fernando tan ciego, que no sabia de si, ni cuydava de mas que de querer, y regalar a su Lucrecia, haziendo con ella muy buen casado, tanto que con la mitad se diera Clara por muy contenta, y pagada. En esta vida passò mas de vn año, siendo muy querida de sus amos, escribiendo cada ordinario a Doña Juana los sucesos de su vida, y ella animandola con sus cartas, y consuelos, para que no desmayasse, ni la dexasse, hasta ver el

fin. Al cabo deste tiempo cayò Lucrecia en la cama de vna muy gravissima enfermedad, con tanto sentimiento de Don Fernando, que parecia que perdía su juizio, pues como las caléturas fuesen tan fuertes, que no la dieffen lugar a levantarse poco, ni mucho, al cabo de tres, ò quatro dias que estava en la cama, llamó a Clara, y con mucha terneza, le dixo estas palabras: Amiga Clara, vn año ha que estas conmigo, el tratamiento que te he hecho, mas ha sido de hija que de criada, y si yo vivo, de oy adelante será mejor, y en caso que muera, yo te dexaré con que vivas: estas son obligaciones, y mas en ti que eres agradecida, bien serán parte para que me guardes vn secreto que te quiero dezir: toma hija esta llave, y vé al desvan, donde está vn aposento, que ya le avrás visto, entrando dentro, donde hallarás vn arcaz grande destes antiguos, en él está vn gallo, echale de comer, porque alli en el mismo aposento hallarás trigo: y mira hija mia, que no le quites los antojos que tiene puestos, porque me va en ello la vida, antes te pido que si deste mal muriere, antes que tu señor, ni nadie lo vea, hagas vn hoyo en el corral, y como está con sus antojos, y la cadena con que está atado, le entierres, y con él, el costal de trigo que está en el mismo aposento, que este es el bien que me has de hazer, y pagar. Oyò Clara con atención las razones de su ama, y en vn punto rebolvì en su imagina-

con mil pensamientos, y todos paravan en vn mismo intento. Y porque Lucrecia no concibiesse alguna malicia de su silencio, la respondió, agradeciendole la merced que le hazia, en fiar della vn secreto tan importante, y de tanto peso, prometiendo de hazer con puntualidad lo que le mandava, y tomando la llave, y con todo cuydado, y con toda diligencia, se fue a ver su gallo. Subiò al desvan, y abriendo el aposento entrò en él, y llegando cerca del arcaz, como considerasse a lo que iba, y la fama que Lucrecia tenia en Toledo, la cubriò vn sudor frio, y vn miedo tan grande, y tan temeroso, que casi estuvo por bolverse, mas cobrando animo, y esforçandose lo mejor que pudo, abrió el arcaz, y así como le abrió, viò vn gallo con vna cadena asida de vna argolla que tenia a la garganta, y en otra que estava asida al arcaz, y asimismo preso, y a los pies, tenia vnos grillos, y luego tenia puestos vnos antojos, al modo de los de cavallo, que le tenia privada la vista. Quedòse Clara, viendo todas estas cosas, tan aborta, y embelesada, que no sabia lo que la avia sucedido; por vna parte se reía, y por otra se hazia cruces, y sospechando, si a caso en aquel gallo estavan hechos los hechizos de su marido, a cuya causa estava tan ciego, que no la conocia, y lo mas cierto, es defear las mugeres lo mismo que les privan, le diò desseo de quitarle los antojos, y apenas lo pensò, quando lo hizo, y aviendo,

doselos quitado, le puso la comida, y cerrando, como estava de primero, se bolvió a donde su ama la guardava, que como la vió, le dixo: Amiga mia, diste de comer al gallo? Quitastele los antojos? No señora (respondió Clara) quien me metia a mi en hazer lo que vueſtra merced nome mandò; añadiendo a esto, que creyessè que la servia con mucho gusto, y assi hazia lo que mandava con el mismo. Llegòse en esto la hora de comer, y vino Don Fernando a su casa, y despues de aver preguntado a Lucrecia, como se sentia, se sentò a la mesa que estava cerca de la cama; metieron las esclavas la comida, porque Clara estava en la cocina, poniendola en orden, y embiando los platos a la mesa, hasta que al fin de ella saliò, a donde estavan sus amos, y apenas puso Don Fernando los ojos en ella, quando la conociò, y con admiracion la dixo: Que hazes aqui D. Clara? Como veniste? Quien te dixo donde yo estava? Que abito es esse? Donde estàn mis hijas? Porque ò yo sueño, ò tu eres mi muger, a quien por ser yo desordenado, dexè en Toledo pobre, y desventurada. A esto respondió D. Clara: Buen descuydo es el tuyo esposo mio, pues al cabo de vn año que estoy en tu casa sirviendote como vna miserable esclava, sujeta a los engaños de esta Circe, que està en està cama, sales con preguntarme, que hago aqui? Ay traydora (dixo a esta fazon Lu-

crecia) y como le quitaste los antojos al gallo: pues no pienses que has de gozar de Don fernando, ni te han de valer nada tus sutilezas. Y diziendo esto, saltò de la cama, con mas animo, que parecia tener quando estava en ella, y sacando de vn escritorio vna figura de hombre, hecho de cera, con vn alfiler grande que tenia en el mismo escritorio, se le pasó por la cabeza abaxo, hasta escondersele en el cuerpo, y se fue a la chimenea, y la echò enmedio del fuego; y luego llegó a la mesa, y tomando vn cuchillo, con la mayor crueldad que se puede pensar, se lo metió a sí misma por el coraçon, cayendo junto a la mesa muerta. Fue todo esto hecho con tanta presteza que ni Don Fernando, ni D. Clara, ni las esclavas la pudieron socorrer. Alçaron todos las voces, dando gritos, a cuyo rumor se llegó mucha gente, entre todos la justicia, y assiendo de Don Fernando, y de las demàs, empearon a hazer informacion, tomando su confesion a las esclavas, las quales declararon lo que avian visto, y oído a Don Fernando, diziendo, como Lucrecia era su amiga; y lo que con ella le avia pasado desde el dia que la conocia, hasta aquel punto. Al dezir D. Clara su dicho, dixo, que no avia de dezir palabra, sino era delante del Asistente: y que importava para la declaracion de aquel caso no ir ella a su presencia, sino que viniessè el Asistente: a aquella casa Fue-

rona darle cuenta de todo, y decirle lo que aquella muger dezia, y como lo supo, vino luego acompañado de los mas principales señores de Sevilla, que sabiendo el caso, todos le seguian, en presencia de los quales, dixo Doña Clara quien era, y lo que la avia sucedido con Don Fernando, y con la maldita Lucrecia, sin dexarse palabra por dezir. Y haciendo traer alli el arca, en que estava el gallo, abrió ella misma con la llave que estava debaxo de la almohada de Lucrecia, donde todos pudieron ver el pobre gallo con sus grillos, y cadena, y los antojos que Doña Clara le avia quitado, alli junto a él. El Afsistente admirado, tomó el mismo los antojos, y se los puso al gallo: al punto Don Fernando quedó como primero, sin conocer a Clara, mas que si en su vida la huviera visto, antes viendolo a Lucrecia en el suelo, bañada en sangre, y el cuchillo atravesado por el coraçon, se fue a ella, y tomandola en sus brazos, dezia, y hazia mil lastimas, pidiendo justicia de quien tal crueldad avia hecho. Tornò el Afsistente a quitar al gallo los antojos: y luego Don Fernando volvió a cobrar su entero juicio. Tres, ò quatro vezes se hizo esta prueba, y tantas sucedió lo mismo; con que el afsistente acabò de caer en la cuèta, y creyò ser verdad lo que todos dezian. Y mandò echar fuera la gente, y cerrò la puerta de la casa, y mirando cofres, y escritorios, hasta los mas

apartados rincones, y agujeros, hallaron en el escritorio de Lucrecia mil invenciones, y empleos, que causaron temor, y admiracion con que Lucrecia parecia a los ojos de Don Fernando gallarda, y hermosa. En fin satisfecho de la verdad, si bien por ver si las esclavas eran parte en aquellas cosas, las puso en la carcel, dieron a Don Fernando, y Doña Clara por libres, confiscando la hacienda para el Rey, y publicamente quemaron todas aquellas cosas, el gallo, y lo demàs con el cuerpo de la miserable Lucrecia, cuya alma pagava ya en el infierno los delitos, y mala vida, siendo la muerte muy parecida a ella. Acabados de quemar los hechizos, enfermò Don Fernando, yendose poco consumiendolo, y acabando. Vendió Doña Clara vn vestido, y algunas cosillas que avia grangeado en casa de Lucrecia: con esto, y lo que por orden de la justicia se le diò, en pago de lo que avia servido; se metieron en vn coche ella, y Don Fernando, que ya estava muy enfermo, y diò la buelta a Toledo, creyendo que con ser su natural, con los ayres en que avia nacido cobraría salud, segun dezian los Medicos, mas fue cosa sin remedio, porque como llegó a Toledo, cayo en la cama, donde apocos dias murió, avièdo dado muchas muestras de arrepentimiento. Sintió Doña Clara su perdida con tanto estremo, que casi no avia consuelo, para ella, y estuvo bien poco de

de seguir el mismo camino, porque aunque le tenia enfermo, y estava con tanta necesidad, quisiera que viviera muchos años, ayudandola a este sentimiento, el ver lo que D. Fernando la queria, y el poco tiempo que le durò la vida. Hallòse sobre todo esto sin remedio, sino de solo Dios, para enterarle; ni se atrevia a ir con esta necesidad a Doña Juana, considerando, que harto hazia en tenerle, y sustentarle sus hijas. Determinòse, pues, a vender su pobre cama, aunque no tuviesse despues en q̄ dormir, mas no estava a este tiempo Dios olvidado de la virtud, y sufrimiento de Doña Clara, y así ordenò, que Don Sancho, que todo el tiempo que ella avia estado fuera de Toledo, avia estado en su Estado (que ya le avia heredado por muerte de su padre, sin averse querido casar, aunque se le avian ofrecido muchas ocasiones, conforme a quien era) supiesse por cartas de vn criado, que en Toledo estava casado, lo que passava, y deseò de volver a ver al querido dueño de su alma, amante firme, y no fundado en el apetito, vino a la Ciudad, y entrò en ella el dia que estava Doña Clara en esta desdicha, y como supiesse lo que passava, no pudo sufrir el enamorado moço tal cosa; y así se entrò por las puertas de la dama, y despues de averla dado el pesame breve, y amorosamente, ordenò el entierro de Don Fernando, con la mayor grandeza que pudo, lle-

vandole con tanto acompañamiento, como si fuera su padre, acompañandole el mismo, y a su imitacion los Cavalleros de Toledo. Dado sepultura al cuerpo, y buuelto con toda aquella illustre compañía a la pobre casa de D. Clara, en presencia de todos, le dixo estas palabras: Hermosa Clara, yo he cumplido con lo que a caridad devo, dando sepultura al cuerpo de tu difunto esposo, la voluntad con que lo he hecho; bien sabes tu, y sabe esta Ciudad, que no ha sido fomentada, mas que con mis deseos, por no averse jamas los tuyos alargado a mas, que a vn agradecimiento honesto, y esto fue antes que tuvieses dueño, que en teniendole, ni aun tu vista merecí, no aviendome faltado a mi por diligencias todas sin provecho, respeto de tu virtud, de la qual si antes me enamorava tu hermosura, oy me hallo mas enamorado. Ya no tengo padre que me impida, ni tu, ocasion para que no seas mia; justo es que pagues este amor, y deudas en que estás a mi firmeza, con vn solo si que te pido, y yo a ti, y no solo yo, sino todos los hombres del mundo, deven a las mugeres, que a fuerza de virtudes grangean las voluntades de los que las desean. No dilates mi gloria, ni te quites a ti el premio que mereces: tus hijas tendran padre en mi, y vn esclavo, que toda la vida adore a tu hermosura. No tuvo otra respuesta que dar D. Clara a Don Sancho,

mas que echarse a sus pies, diciendo, que era su esclava, y que por tal la tuviese. Con esto, los que avian venido a dár los pesames, dieron las norebuenas. Siguiéronse las ordenes de la Iglesia en amonestaciones, y lo demás, estando D. Clara mientras passavan en casa del Corregidor, que era deudo de Don Sancho: donde cumplido el tiempo, se desposaron, alcançando Don Sancho licencia del Rey, para hazer su casamiento, que todo sucedió como quien tenia al Cielo de su parte, deseoso de premiar la virtud de D. Clara. Hizieronse en fin las bodas, dotando Don Sancho a las hijas de D. Clara, que quisieron quedar se Monjas con Doña

Iuana, cuya discreta eleccion, dió motivo a esta maravilla, para darle nombre de defengaño amando, que no es poca cordura, que quien ama se defengañe. D. Clara vivió muchos años con su Don Sancho, de quien tuvo hermosos hijos, que sucedieron en el estado de su padre, siendo por su virtud la mas querida, y regalada que se puede imaginar, porque desta fuerte premia el Cielo la virtud.

La noche siguiente, bueltos a juntar estos Cavalleros, y todas estas damas, viendo Don Miguel que a él le tocava la maravilla de aquella noche, començó desta fuerte.

NOVELA SEPTIMA

Al fin se paga todo.

EStando la Corte del Católico Rey Don Felipe Tercero, en la rica Ciudad de Valladolid, salió de vna casa de conversacion, a mas de las doze, donde fue a entretener las largas, y pesadas noches del mes de Diciembre, vn Cavallero de los mas nobles hijos que tuvo la Villa de Madrid al atravesar por vna de las principales calles de la Ciudad, para venir a su posada, al doblar de vna esquina, q̄ hazia vna encruzijada, vió abrir la puerta de vna casa, y a empello-

nes, arrojar por ella vn bulto blanco, que como estuviessse de la otra parte, y la calle fuesse ancha, y espaciosa, no pudo divisar q̄ fuesse, aunque le pareció ser persona, que de vn apresurado salto, que de vn escalón que la puerta tenia, dió consigo vn grandissimo golpe en el suelo, que a causa de elar fortissimamente, estava como hecho de jaspe. Vió tras esto, que cerraron de golpe la puerta, y que aquel bulto, estava sin menearse, solo que en baxos sollozos dezia:

Que

Que es esto Cielos? a mi desdicha estais sordos, a mis quejas ingratos, y a mis lagrimas sin sentimiento? Procurava, tras esto, levantarse, mas del tormento de la caída, no era posible; moviòle a Don Garcia (que este era el nombre del Cavallero) a lastima estas quejas, y llegando se más cerca, le preguntò que tenia, y le ofreció su persona. Ay, señor hidalgo (respondió el caído) por la Pasion de Dios, si ay en vos mas piedad, que en los que me han puesto deste modo, que me ayudeis a levantar, y me pongais en alguna parte, que tenga mas segura la vida. Oyendo esto Don Garcia, espantado, por parecerle muger la que hablava, se llegó mas cerca, y a la poca luz que la Luna dava, viò como no era engañosa su sospecha, porque era muger, y desnuda en camisa, causa de mas admiracion: y deseoso de saber mas por entero el caso: le diò la mano, y luego, quitandose el ferreruelo, se le echò encima, aunque la dama estava tã maltratada, que casi no podia tenerse en pie. Ayudola Don Garcia, cargandola sobre sus brazos: y animandola, la llevó hasta sacarla de aquella calle; y viendo la dama que se parava, para saber que pensava hazer de su persona, le dixo con tiernas lagrimas: Señor Cavallero, no es tiempo de desmayar en el bien que aveis empezado a hazerme, mi vida està en muy gran peligro, si soy hallada, y a esta hora, ya avrà muchos que me busquen; si teneis alguna parte secreta, y segura adonde ampa-

rarne esta noche, hasta que mañana de orden de entrar en vn Monasterio: Señora mia, yo soy recién llegado a esta Corte (replicò Don Garcia) que os doy mi palabra, que no ha quinze dias que estoy en ella, y no conosco persona de quiè fiar la vuestra, sino es de mi mismo; si gustais de venir a mi posada, y no os recelais de poner os en poder de vn hombre moço, y forastero, con ella os podre servir: Vamos, Señor, a vuestra posada (replicò la dama) que las partes donde yo puedo ir, todas son sospechosas, y sea antes que nos hallè, y pague yo sin culpa la que pensè cometer, si bien, a los ojos del vulgo me le han de dàr, por aver restaurado mi honor, y vos el descomulgado que teneis de ayudarme: Y diziendo esto, caminaron a la posada de Don Garcia, si bien cõ mucho trabajo, porque la dama no podia tenerse, aunque mas se animava. Desta suerte, ayudandola Don Garcia, llegaron a su posada, y entraron dentro, tuvo lugar de ver el hallazgo que se avia hallado; y mirando su nueva camarada, creyò sin duda, que no era muger, sino Angel: tanta era su belleza, y la honestidad, y compostura de su rostro. Era al parecer de hasta veinte y quatro años, y tan hermosa, que sin ser parte el guardarla, le robò el alma con la belleza de sus ojos: tanto, que sino se le pusiera por delante la fee, que devia guardar a quien se avia fiado del, casi se atreviera a ser Tarquino

de tan divina Lucrecia ; mas favoreciendo Don Garcia mas a su nobleza, que a su amor, a su recato que a su deseo, y a la razon, mas que a su apetito ; procurò con muchas caricias el reposo de aquella hermosissima señora, a la qual por estàr maltratada, y desnuda, como Don Garcia no tenia por el presente vestidos, y ser hora de acudir mas a la quietud que al desvelo, la suplicò se acostasse en su cama. Hizolo a mas no poder la dama, y dandole D. Gracia lugar para que reposasse, sin querer preguntarle por entonces nada de su persona, ni la causa de averla hallado assi, se salió cerrando la puerta por de fuera, y se fue al aposento de otro huésped, que estava en la misma casa con quien avia tratado amistad, dádole a entender, que avia perdido la llave de su aposento, y que hasta otro dia que se descerrajasse, era imposible entrar dentro. Desta suerte pasó lo que faltava de la noche, que a su parecer fue vn siglo, tanto le tenia rendido la hermosa dama, y deseava saber la causa, que le avia puesto en tal desdicha. Y assi apenas fue de dia quando se vistió, y dando a entender que avia parecido la llave, entrò en su aposento, y hallò a su bella huésped, que al parecer avia dormido muy poco, y llorado mucho. Sentòse Don Garcia sobre la cama, y despues de preguntarsela como se hallava, y ella dandole gracias, por el bien que le avia hecho, le preguntò que avia de nuevo en Va-

lladolid, si a caso avia salido por ella. No señora (respondió D. Garcia) porque si os he de dezir la verdad, no me ha dado lugar el deseo de veros, y saber vuestras penas; assi os suplico que no me tengais mas confuso, porque lo estoy tanto como el caso requiere. No me espanto señor Don Garcia (replicò la dama, que ya sabia su nombre) que mis cosas admiten a quien las vè, y mas quando sepais desde el principio mi historia, que es tal, que mas os parecerà fabula, que caso verdadero, os la contarè desde el principio de mi niñez, para que tengais que contar en vuestra tierra quando Dios fuere servido de llevaros a ella. Mi nombre señor es Hipolita, naci en esta Ciudad, de padres tan ricos como nobles, y nació conmigo la desdicha, que siempre sigue a las hermosas, que por tenerme por tal toda esta tierra, me atrevo a hazerme yo misma esta lifonja. Apenas lleguè a los años en que florece la belleza, gallardia, discrecion, y donayre de vna muger, quando ya tenian mis padres infinitos pretendientes, que deseavan, por medio mio, a titulo de mi belleza, mas que al de su riqueza, emparentar con ellos, que aunque esta era mucha mas por la hermosura, que por los bienes de fortuna, deseavan mi casamiento. Entre los muchos que desearon esto, fueron los que mas se señaloron dos Cavalleros vezinos nuestros, tanto que entre su casa, y la mia, no avia mas division que la

da de vna pared, entrambos hermanos, y entrambos con el Abito de Alcantara en los pechos, calificación de su nobleza. Y como yo hasta entonces no sabia de amor, ni hasta donde llegava su poder, y jurisdicción, no me inclinava a mas de lo que mis padres quiesesen escoger: los quales satisfechos de lo bien que me estava qualquiera de los dos hermanos, eligieron a Don Pedro, que era el mayor, quedando Don Luis, que era el menor, y devia de ser el que me amava mas, pues fue el mas desdichado. Estimò esta ventura Don Pedro, como hombre que conocia quanto avia alcanzado en mi valor: y assi lo conoci en sus caricias, y regalos. Pluguiera a Dios huviera yo sido cuerda, y supiera agradecer este amor, y huviera escusado las desdichas que padezco, y las que temo me faltan por padecer. Ocho años gozè de las caricias de mi esposo, y èl de vn amor muy verdadero, porque me enseñava a quererle en las importunaciones de mi cuñado, que aun no tuyieron fin con verme casada con su hermano, el qual como me queria, las vezes que hallava ocasion me lo dezia, no creo yo que con intencion de remedio, porque era Christiano, y cuerdo, si bien amor derriba qualquiera prevención dellas; y assi pienso aora que sucedia en èl, supuesto que en ocasiones que pudo, cansandose, apartandose deste amor, no lo hizo, aunque le ofreci vna prima mia, mas rica, y mas hermosa que yo.

Llevava yo esto con la mayor cordura que podia: vnas vezes dandole a entender que comprehendia sus intentos, y otras reportandole, y reprehendiendole, y dandole en ocasiones los mas sabios, y virtuosos consejos que mi entendimiento alcançava; y tal vez riendole, y aseandole su atrevimiento, jurando dezirfelo a su hermano, si no se abstenia de tal maldad, y locura. Con lo qual D. Luis, vnas vezes triste, y otras alegre, y siempre amante, y celebrador de mi belleza: passò todo este tiempo, sustentando su vida con sola mi vista, trato, y conversacion; que por ser las casas juntas, eran muy ordinarias sus visitas, y crecia a cada passo su amor con ellas. En este tiempo se vino como veis la Corte a esta Ciudad, pluguiera a Dios huviera oïdo los gemidos, clamores, y lagrimas de los que sintiendo esta mudança, clamavan sin ser oïdos, pues con esto se huvieran escusado mis desdichas; que fue el principio dellas, y el venir entre los muchos pretendientes que siguen la Corte, vno, cuyo nombre es Don Gaspar, Portuguès de nacion, y en la profersion soldado, que deseoso de alcançar premio de muchos servicios que avia hecho a su Rey en Flandes, y otras partes, siguiò a todos los demàs que vinieron tras los Consejos, ò por mejor dezir, tras este caso de confusion, que tal es la Corte, y los que la siguen. Y como los negocios no se despachassen a gusto de los pretendien-

tes, si es fuerça aguarða vn mes, y otro mes, vn año, y otro año, y los de Don Gaspar fuessen despacio; empeçò traviesso a buscar las casas de juego, donde destruir su opinion, y hazienda; y ocioso algun fugeto, cõ que entretenerse, y fuillo yo por mi desdicha, porque viendome vn dia en nuestra Señora de San Llorente, dixo, que cautivè su alma, y lo que pensava buscar por entretenimiento, huvo de solicitar por pafsion de voluntad; y fue lo cierto, porque el me robò la voluntad, la opinion, y el fofsiego, pues yà para mi acabò en vna hora. Era su gallardia-entendimiento, y donayre, tanto, que sin tener las demás gracias, que el mundo llamadones de naturaleza, como son musica, y poesia, bastara a rendir, y traer a quererle qualquiera dama q̄ llegasse a verle, quanto, y mas la que se viò solicitada, pretendida, y alabada. Ay de mil Y quan presentes estàn en mi alma sus gracias, yà no para estimarlas, sino para sentir que fueron ellas las que me tienè en el estado que estoy, tan fuera de parecer quien soy, quanto de bolver a verme en la vida dichosa que gozè antes de conocerle. Supe su amor por medio de vna criada (es fingue fiero, y astuta, perseguidora de mi honor) y èl supo della misma mi agradecimiento, y voluntad, escriviendonos por su medio algunas vezes, que impossibilitados de vernos por el recato de mi marido entreteniamos de esta suerte nuestros amorosos deseos.

Sentia Don Gaspar sumamente el verme casada; y yo mas que èl, porque no ay mayor desdicha para quien ama, que tener dueño, y mas si le aborrece, que esto era ya fuerça en mi, supuesto que queria a Don Gaspar; y quando no fuera por esto, por lo menos por estorvo de mi amor, no avia de ser gusto su compañia. Deziame sobre esto D. Gaspar la vez que me hablava, que era en la Iglesia, mil lastimas, acompaõadas de tantas ternezas, que yà quanto mas apriesca subia mi amor, baxava mi honor, y dava passos atràs, y en sus papeles mas por entero, porque en ellos se habla sin el estorvo del recato, dizense las razones mas sentidas. Acuerdome que vna noche que quiso que fuesse yo testigo de su divina voz, fue con vnas endechas, que si gustais de oirlas, las dirè, para que me disculpeis de mi yerro; pues no es milagro que se rinda la fragilidad de vna muger a vnas queexas bien dichas. A esto respondió Don Garcia (yà de todo punto rendida su voluntad a la belleza, y donayre, con que la hermosa Hipolita contava su tragedia) que antes le pedia que no passasse en silencio nada, porque la oia con tanto gusto, que quisiera que su historia durara vn siglo. Pues si es asì, respondió la dama, las endechas yo las aprendi de memoria, y creo no se me olvida ninguna, ellas dezian asì:

Vn imposible adoro,
por esto me atormento,
por el doy mil suspiros,

por

por el lagrimas vierto.
 Por el dexo los gustos,
 por el las penas quiero:
 apetezco los males,
 y los bienes desprecio.

Ay desdichadas queexas,
 ay amor verdadero,
 suspiros mal logrados,
 cuydados sin efecto.

Dicho pastorcillo,
 de la ventura estremo,
 por quien zeloso lloro,
 y despreciado temo.

El dia que los ojos,
 de mi ingrato te vieron,
 ò cegàran los suyos,
 ò yo naciera ciego.

Si para darme penas
 criò tu gracia el Cielo,
 que yo nunca naciera,
 fuera piadoso intento.

Y pues ay en la Villa
 otros rostros tan bellos,
 exceptuando a mi ingrato,
 pudieras triunfar dellos.

Mas si naci cuytado,
 sin ventura, que espero:
 sin razon me lastimo,
 y sin causa me quexo.

Gozala (mas que digo)
 no la gozes, que muero
 solo en pensar que tuya
 la llama todo el Pueblo.

Caminen mis suspiros
 a mi ingrata derechos,
 y en su pecho de marmol
 se conviertan en fuego.

Mas si la quiero, como
 tanto mal la deseo?
 mejor es que yo muera,
 que soy el que padezco,

Asi cantò llorando
 imposibles desvelos,
 pasadas furazones,
 y rigurosos zelos.

Vn zagalejo amante,
 su ganado siguiendo,
 perdido por ganarle
 su ganado el deseo.

No pudo la terneza de mi pecho,
 ni la fuerza de mi voluntad su-
 frir el ver padecer a Don Gaspar,
 sin alentar su amor: siquiera con vn
 dia de favor, y contento, para que
 pudiesse con el llevar con gusto
 tantos pesares como los que avia
 de padecer, respeto de las pocas
 ocasiones que me dava mi esposo
 porque aunque vivia seguro de
 mi (ò fuesse respeto de su hon-
 or, ò fuerza de su amor) reze-
 loso como cuerdo, picava tal vez,
 en zeloso necio, mas amor que
 algunas vezes apiadado de ver pa-
 decer a sus subditos, les trae por
 los cabellos algun breve gusto,
 ordenò que combidasse a mi es-
 poso vn Cavallero su amigo para
 ir a caza, en cuyo exercicio se
 avian de entretener dos, ò tres dias.
 Aceptò Don Pedro el viage, y yo
 aunque me alegrè sumamente,
 fingi desabrimiento, estrañan-
 do la novedad. En fin el se par-
 tiò a su caza, y aquella secretaria
 de mi flaqueza a dar aviso a Don
 Gaspar desta venturosa suerte, a
 quien dixò por vn papel viniesse a
 quella noche por la puerta falsa de
 vn jardin que caia a las espaldas de
 mi casa, q̄ alli me hallaria, y por se-

ñas la puerta abierta, porque no me atrevi a que entrasse por la principal, respeto que mis padres en cuya casa yo vivia con mi esposo, no lo sintiesse. Era Verano, y para aguardar a mi amante, hize sacar al jardín dos colchoncillos de raso, y ponerlos debaxo de vnas pararas, tomando por achaque el calor, y era la causa el retirarme de las demás criadas, que si me vieran vestida, no se entrarán a costar, y no era esto lo que yo queria, pues mas deseava la soledad que la compañía, aguardando sola la de mi amante. En fin ella dexandome desnuda, y a su parecer dormida, se entraron a recoger, solo quedó conmigo la que sabia mis cosas, y esto con orden de irse luego, y dexarme en el lugar donde avia de combatir mi amor, y mi honor, quedando este vencido, y aquel triunfante, y vencedor; quando estando có la puerta abierta, que por no ser el jardín muy grande, lo podia hazer, sin que entrasse nadie que no fuese visto, llegaron las criadas a decirme, que su Señor, y mi esposo era venido, que aviendo el que iba en su compañía dado vna gran caída, y lastimadose mucho se bolvieron, no pudiendo profeguir la carga. Pues como yo viesse a Don Pedro en casa, y la dicha de mi mano, en no aver venido Don Gaspar, y el peligro en que estava su vida, y la mia, si acertasse a venir, mandé a mi secretaria que cerrasse la puerta por donde avia de entrar con llave, pareciendome, que quando vi-

niessse, y la hallasse cerrada se bolveria, y que a la mañana, avisandole lo que passava, quedaria satisfecho, como era razon lo estuviessse, pues con el legitimo dueño no ay escusas. Hecho esto, llegó Don Pedro con los braços abiertos, a quien huve de recibir con los mismos, aunque con animo diferente, y él alabando el lugar, y la cama, para remedio del calor, me dió cuenta de su venida, y desnudádose se acostó, ocupádo el lugar que estava para mi amante, el qual como dentro de poco tiempo q̄ succedió esto llegasse a la puerta, y la hallasse cerrada, cosa tan fuera de nuestro concierto, concibiendo desta accion pesados, y locos zelos, no pudiendo pensar que fuesse la ocasion que le estorbava su entrada, sino otra ocupacion amorosa (porque siendo vna muger facil hasta con los mismos q̄ le solicitan se haze sospechosa) ayudandole vn criado, saltó las tapias que no eran muy altas, y passo a passo por no ser sentido, se vino a buscar la causa de su atrevimiento. Avia a este tiempo acabado ya la Luna su carrera, y escondidose en su primera casa, con q̄ estava todo en confusas tinieblas, y nosotros rendidos al sueño, y así tuvo lugar de rodear el jardín, venir a dár juto a la cama en que yo, y mi esposo estavamos; y como en la vislumbre viesse que en ella avia dos personas, no creyendo fuesse Don Pedro, se baxó, y puso de rodillas, diziendo entre si, que no era su sof-

pecha vana; y llevado de la colera, sacò vna daga, y como quisiese dar con ella a mi inocente dueño: el Cielo que mira con mas piedad las cosas; permitió que a este punto, dando D. Pedro buelta en la cama suspirò, con lo que conociò Don Gaspar su engaño, y coligió lo que podia ser; y dando gracias al Cielo de su aviso, se puso de mi lado; y dádolo lugar a esto el sueño de D. Pedro, y su atrevimiento, me despertò: yò conociendo su temeridad en tal caso, le pedi por señas que se fuesse, lo qual hizo viendo mi temor, llevando en prendas con mis braços las flores de mis labios, fruto diferente de que el pensò coger aquella noche. Con esto tornando a saltar las tapias Don Gaspar, que por la parte de dentro eran mas baxas, se bolvió a su posada con la pena que se puede creer; y otro dia recibí este papel que me embió, que con esto quiso hazer alarde de su gracia, y de lo que sentia el verse en tal estado, el qual hizo en mi tal efeto, que a estar tan perdida, pudiera acabar de perderme: tan bien me parecian sus cosas.

Quien puede contra el Cielo, tener colera, y rabia, que si con ella escupe, no le cayga en la cara?

Quien, si està desarmado, contra aquel que trae armas, puede entrar en batalla?

Quien contra vn poderoso,

siendo de humilde casta, aunque viva ofendido, podrá tomar vengança?

Que pobre contra vn rico, en banquetes, y galas, podrá en igual fortuna passar la vida larga?

Quien, si amor le presigue, contra quien no le ama, aunque de amar se precie, tendrá cierta esparança?

Quien, contra vn venturoso, si en possession se halla, podrá, si es desdichado, salir con lo que aguarda?

Ay Cielo, quando quisiese gozar tu hermosa cara, en poder de otro dueño mi desdicha te halla.

Marchita mi ventura, dudosa mi esparança, propia al dueño que tiene possession de tus gracias.

A quien le ha sucedido tan notable desgracia que entrando a posseerte, sin possession se halla?

Como fue tan desgraciado mi amor en la primera ocasion, temia aventurarme en la segunda; mas eran los iuegos de mi amante tantos, y con tantas veras, que huve de determinarme; y así aconsejandome con aquella criada, secretaria de mi amor, me respondió, que se espantava de vna muger que dezia tenerle, que tuviesse tan poco animo; y se aventurasse tan poco, que yiniesse D. Gaspar, y entrasse de noche, antes de cerrarse las puertas, que ella le tendria escondido

en su aposento, y que yo (después de costado D. Pedro) podría, fingiendo algun achaque, levantarme de su lado. Concedi con el entrar, y verme en su estancia con él. Avisé a Don Gaspar del concierto, ordenando el modo que avia de tener; vino la noche, y con ella mi cuydado; porque Don Gaspar, y mi esposo casi entraron a vn tiempo. Escondió mi criada en su aposento a D. Gaspar, y yo fingiendo sueño, y alguna indisposicion, hize recoger la gente, y acoltar a mi esposo harto desconsolado de verme indispueta. Estando, pues, guardando que se durmiese para levantarme, oí grandes voces en la calle, y consecutivamente llamaban a la puerta, diciendo: que se quema esta casa, fuego, fuego, señor Don Pedro, mire que se abrafan, ponganse en salvo, que por la parte de arriba salen grandes llamas. Levantème alborotada, y apenas sali a vn corredor, quando ví arder mi casa, siendo el incendio tal, q̄ el humo, y fuego no dexeva ver el Cielo. Y como conociese el peligro, empecé a dár gritos, llamando a Don Pedro, y el a los criados, para que acudiesse al remedio. Y fue el caso, que vna negra que tenia a cargo la cozina, pegó vna vela a vn madero, junto a su cama, y quedandose dormida, se cayó la vela sobre ella; y encendiendose la ropa, pagó con la vida el descuydo. Estas desgraciadas nuevas junto con mi peligro, me quitaron de suerte el sentido, que quando bol-

vi en mi, fue cerca de la mañana, hallandome en casa de mi cuñado Don Luis, donde me passaron, para salvarme la vida. El fuego aplacado, si bien quemada gran parte de mi hazienda, embié a saber si mi criada avia escapado de tal desdicha, por saber si le avia tocado algo dello a Don Gaspar. En fin ella vino adonde yo estava, de quíe supe que entre los que acudieron al fracaso, pudo D. Gaspar librarse, sin ser sentido. Passado este alboroto del fuego, como el de mi coraçon era mayor, embié a saber de Don Gaspar, el qual no acabando de encarecer su desdicha, lastimadísimo de mi indisposicion, me escribió vn papel con mil tiernas quexas; al qual respondí mil locuras, dandole palabra de que a la primera ocasion se vengaria de todas estas desventuras. Algunos dias se passaron en reparar el daño del fuego, y adereçarse la casa, estando yo en casa de mi cuñado, como he dicho; y entretenendonos mi amante, y yo cō papeles, hasta q̄ buelta a la mia, y enternecida de sus ruegos, y olvidada de los passados estorvos que me ponía el Cielo (para escusar en lo que agora me veo) di orden de executar el cócierto passado, en cuya conformidad avisé a D. Gaspar, viniessé como la vez passada. Mas fue la suerte, que esta noche vino Don Pedro mas temprano que Don Gaspar; y fue la causa, que andavan por prender a vn amigo de mi esposo, por vna muerte, y como por ser tan

Principal se respetava mi casa como la de vn Embaxador, le traxo consigo; y por estar mas seguro, mandò en entrando cerrar las puertas, no dexando a ninguno el cuidado de responder, ni abrir a los que llamassen, sino tomandole para si defuerte, q̄ quando D. Gaspar vino, ya la puerta estava cerrada, y todos recogidos. Hallando tan mala suerte, hizo vna contrafeña, a la qual saliò mi criada a vn balcon, y culpando su tardança le contò lo que passava: y que si por vna ventanilla que estava en vn aposento baxo no entrava, era imposible abrir ya la puerta. Agradecioselo Don Gaspar con mil palabras, y promesas, y la rogò que baxasse a abrir la ventana; la qual por caer a vna callejuela sin salida, y ser pequeña, estava sin rexa. Hizolo así mi tercera, previniendole de que no podia entrar por ella, mas él que con su amor lo hallava todo facil, pareciendole bastante, se entrò por ella, y entrando la cabeça, y ombros, se quedò atravesado en el marco por la mitad del cuerpo, desuerte, que ni atras, ni adelante fue posible passar. Viendose mi criada en esta tribulacion; y que sino era desencaxando el marco, era imposible salir, fue a llamar otra compañera, dandole a entender que era requiebro suyo; y entra las dos, y el criado que traía Don Gaspar, con las dagas, y otros hierros, sacaron el marco de la pared; mas no tan sin ruido, que oyendolo los criados, dierò voces,

pensando ser ladrones, a las quales se alborotò la casa, siendo fuerza a Don Gaspar, el correr metido en su marco, y a mis criadas recogerse.

Estava yo descuydada que fuese mi amante el ladron que alborotò la casa; porque como dezian que vn hombre avia sido hallado, quitando el marco de la ventana, no hizo mas diligencias de saberlo, hasta que saliendo de casa mi esposo, entrò mi criada a darme de vestir; la qual me diò quenta del suceso: y como las desdichas no empiegan por poco, creyendo que D. Pedro no vendria tan presto; yà determinada de dár a Don Gaspar el premio de tantos trabajos, y fatigas, le embiè bolando a llamar con mi criada, y por ser todo cerca, vino luego, y entrando donde estava, le recibí con los brazos, siendo este el segundo favor q̄ en el discurso de vn año que nos durò esse entretenimiento, le di, porque el que alcançò la noche que quiso matar a mi esposo, fue el primero. Estando los dos solemnizando con mucho gusto la entrada de la ventana, mi criada, que estava en vna de las de mi casa sirviendo de atalaya, y espia, entrò alborotada, diciendo: Ay, señora mia! Perdidos somos, que mi señor viene; y tan apriessa, que a esta hora està dentro de casa. Con tales nuevas, aunque pudiera enflaquezer mi animo, no lo hizo, antes abriendo vn baul grande, que estava en vn retrete mas adentro, saqué de presto
quan